
LO MEJOR ESTABA POR VENIR

Patricia Heredia

Un viaje con previsión

Existe el sincrodestino. Mi habitación es pequeña, hace cuatro meses llegué a vivir a casa de mi mami y he acondicionado ese espacio para hacerlo comfortable, sin embargo, además de cama y clóset, solo contaba con una pequeña mesa que contiene dos impresoras y la computadora portátil, así que no había un lugar adecuado que me invitase a escribir.

Hace dos semanas llegó mi mesa-escritorio, de todo lo que me hacía falta de antiguas residencias fue lo que más esperé, así que la armé y puse sobre ella diversos objetos de escritura que detallaré más adelante. Curiosamente hace pocos días encontré un catálogo de Demac y el sueño olvidado de escribir despertó y... existe el sincrodestino; sin saber estaba preparando el nidito para encontrarme, para iniciar mi apropiación de la escritura con éstas líneas que ahora escribo.

Creo que ya está, sin buscar mucho, sé que mi espacio será esa mesa que fui preparando sin saber. Los objetos de que me rodeé son: una lámpara con luz gradual que tiene en lo alto una figurita miniatura que me regalo mi pareja y es especial. Tengo un paquete de hojas de papel cuadriculadas, post-it para notas (me gusta pues es un método efectivo de anotar cualquier cosa importante que quiero recordar), tengo también una fila de diversas plumas que me han sido regaladas por algunas personas en distintos momentos, lápices, sacapuntas, goma, una botella con agua, mi inseparable lap Lenovo y, finalmente, una rana feliz, mi animal favorito. Éste es el espacio que espero convertir en mi montaña de la cual brotará el manantial de ideas, mi rincón íntimo donde anidará la escritura.

Estoy pasando por momentos difíciles que irán aflorando, pero el saber que retomaré la escritura, una actividad que aún sin compañía ni apoyo ha sido importante a lo largo de muchos años al permitirme enfrentar, expresar, aceptar y plasmar muchos de mis pensamientos, emociones y sentimientos; me llena de alegría, entusiasmo y confianza de que, con la ayuda de la hermandad de talladoras, ahora lograré algo que siempre ha quedado incierto e inconcluso: apropiarme de la escritura. Tengo fe.

Mi espacio está situado al lado de mi pequeña cama frente a una ventana a través de la cual, por las mañanas, se cuelan los rayos del sol; la vista de frente no es muy atractiva porque solo se divisan las ventanas cerradas de los vecinos. Pero viendo hacia arriba a las doce el sol luce su esplendor, en diagonal por las tardes se ve sobre los techos vecinales el atardecer, majestuoso de Celaya con sus cielos policromos. A la derecha de mi escritorio está la mesa multi-objetos de la que hablé con anterioridad, en ella coloqué objetos adicionales para complementar mis herramientas de trabajo. No tengo ninguna planta, pero sobre sí una torre Eiffel de madera que me recuerda mi país favorito después de mi México lindo; de la pared cuelgan mi título universitario y un gran rompecabezas enmarcado de la Capilla Sixtina.

Actualmente las actividades que realizo a lo largo de la semana no siguen un patrón, estoy desempleada, hay días en que salgo a alguna entrevista y a realizar diligencias propias de la casa y otras actividades. Otros apenas si asomo la cabeza por la puerta para recibir alguna correspondencia o regar el jardín.

Así que después de probar mi espacio durante la mañana y por la tarde o noche respirando, disfrutando la calma de estar aquí y observando atentamente mi entorno hice algunos descubrimientos:

En las mañanas mi espacio es cálido, acogedor por la luz natural y se respira paz y tranquilidad ideal para pasar un rato ahí, tal vez escribiendo a mano, meditando; más no apto para usar la computadora, el reflejo del sol hace imposible ver la pantalla. Además no me es fácil relajarme y concentrarme en la escritura, pues vienen a mí todos los pendientes y más bien tengo prisa por levantarme.

En las tardes la iluminación sigue siendo buena, y el sol ya no amenaza mi vista. Por la noche, al prender mi lámpara de luz cálida, el lugar se vuelve igual de acogedor que a la luz matutina. Me siento más relajada y proclive a la escritura

Gracias por el ejercicio, aun sin escribir me siento en mi espacio relajada, tranquila y con el sentimiento interno de contar con un lugar especial, como un secreto. Para los demás es una mesa; para mi es mi rincón íntimo donde anidará la escritura, como cuando la princesa Ameyalhe se sienta y brota el manantial.

Descubrí que el tiempo preciso para escribir es por la tarde o noche, ya que estoy más relajada, con menos ocupaciones y puedo robarme ese tiempo que me pertenece más fácilmente. El espacio a cualquier hora es cómodo, placentero y está preparado para recibir mi inspiración.

Mi nombre es combinado: Patricia Alejandra, buscando su significado por la gran orbe virtual de la red de redes reafirme que Patricia es de origen latino, con un festejo el 13 de marzo en honor a la santa homónima. Según esa página de significados de nombre las características para quien porte el Patricia consistirán en la intuición, sensibilidad y perseverancia; con carácter fuerte y protectora de los débiles; sociable y con sentido del humor. La personalidad se caracteriza por el interés en concepciones filosóficas más que prácticas y gran vulnerabilidad a la emotividad ajena – eso es cierto -. La autocrítica y capacidad de análisis está presente en mis relaciones profesionales facilitando así este tipo de interacciones, sí creo que es muy acertado.

Las raíces de mi segundo nombre son griegas, - quien no recuerda el esplendor de Alejandría-, el significado de Alejandra es: la protectora y vencedora – eso me gusta - . San Alejandro se festeja el 11 de enero o 20 de marzo. Referente a las características se dice que es elegante, femenina y directa cuando se dirige a los demás, autoritaria y buena amiga, dulce y leal cuando ama de verdad. – estoy de acuerdo -. Concerniente a la personalidad – y no lo invento- dice que se apoya en su gran magnetismo personal para conseguir popularidad y siente una gran atracción hacia las actividades artísticas y creativas – efectivamente, me gusta disfrutar del arte, mas no tengo cualidades sobresalientes para la pintura, menos aún para el canto-.

Mencionan en esa descripción algo que llama en especial mi atención: “Tiene dificultades en sus viajes debido a su falta de previsión junto a su deseo de aventura”, de todo lo anterior esta frase es lo más sorprendente respecto a las descripciones para mis nombres, pues viajar es una de mis más grandes pasiones y creo que si bien aun queda mucho mundo por recorrer, he aprovechado bastante bien las oportunidades que he tenido de hacerlo; sin embargo en la mayoría de mis viajes el dinero ha sido escaso, así que ¡Sí!, me he visto en grandes dificultades al viajar, pero ¡woow! – que aventuras he vivido-.

Por qué me pusieron dos nombres largos teniendo apellidos tan largos, me lo explicó un día mi mamá: a ella le gustó Patricia cuando supo que yo era niña porque creyó que ese nombre era especial para mí, por mi personalidad definida. Y Alejandra a ella le gustaba, pero en el registro civil, cuando preguntaron qué nombre me pondrían, mi mamá dijo Patricia y mi papá Alejandra, así que me pusieron los dos. Me gusta esa historia.

¿Me gusta mi nombre? Sí, definitivamente. Durante mi infancia lo despreciaba, me apenaba y lo sentía hasta cierto punto ridículo; pero creo que se debió a mi baja autoestima, pues a medida que me fui auto-descubriendo, amando y afianzando mi personalidad, mi nombre dejó de ser molesto y pasó a ser especial. Hoy me gusta sobremanera, creo que, como dijo mi mamá, es el nombre apropiado para mí y me siento cómoda, a gusto y me gusta escucharlo. Me hace sentir emoción, me veo a mi misma triunfadora, segura y feliz.

Nunca antes había reflexionado acerca de a qué huele mi nombre, de hecho creo que no tengo un olfato tan refinado y experto para poder distinguir el aroma adecuado, no obstante puedo decir que Patricia es mi fuerza, suena a valentía, esconde mis arrebatos y me lleva al triunfo; puedo afirmar, entonces, que huele a olivo, es verde, con textura dura, lisa, resistente. Alejandra por su parte denota mi ternura, mi debilidad, sensibilidad y bondad; huele a pirul, su color es naranja y la textura de Alejandra es suave, abullonada, cálida.

Mi sobrenombre es Paty para la mayoría de las personas, sin embargo hay amigos que me dicen Pato o Patito y me agrada.

Es curioso. ¿Hay un nombre especial para cada persona?, tal parece que es así. Pues después de investigar sobre su origen y demás, hecho que agradezco pues antes jamás se me ocurrió a pesar de llevarlo por 45 años, al leer sobre las características de la personalidad de ambos nombres coinciden un gran número de ellas con la mía. O es quizá mera coincidencia y ponen a todos los nombres igual número de adjetivos para que cada cual se identifique.

En todo caso lo importante es que, dentro de la ingobernabilidad de mis días, logré robarle al tiempo tan celoso momentos para la escritura para reflexionar sobre mí, aventurarme a la introspección y acción... iniciar la transmutación y poder

plasmar en estas líneas un poco sobre mi espacio, tiempo, nombre... sobre mi propia vida en un nuevo viaje que apenas despegó, el más maravilloso y lleno de aventuras pero ahora con previsión para asegurar el éxito.

Dejaron huella

Muchas lunas han pasado desde que empecé este relato, cuando llegó a mis manos la invitación a este segundo secreto, y leí su contenido creo que me bloqueé, fueron a la vez múltiples frases, momentos y rostros de mujeres, voces que me hablaban de momentos decisivos, alegres recuerdos y algunas tragedias. Finalmente cuando quería concretar un solo pensamiento, todo se disolvía y mi mente quedaba en blanco.

Después empezó el trabajo, hecho que espere por meses y ahora que llegó marca su territorio en mi tiempo como un bebé que cuando llega a tu vida te reafirma y ensalza a la vez que te exige tiempo y dedicación completa. Lo importante es que hoy estoy aquí, frente a mi lap, dispuesta a desvelar la sabiduría heredada, a remover mis recuerdos y buscar en el baúl olvidado aquellos momentos, pensamientos y frases que han sido participes de mi historia. Recordar y dar homenaje a aquellas mujeres que me han dado identidad como mujer; reales o ficticias pero que han dejado su huella en mí. ¡Comencemos!...

Sin lugar a dudas el peso que ha tenido en mi vida la influencia femenina ha sido determinante en mi forma de pensar, sentir y actuar. Nací de una mujer que cultiva aún hoy, a sus ochenta y dos años, su mente a través de la lectura casi de manera adictiva; ha hecho suyos desde los clásicos, novelas históricas, principalmente de autores franceses, su preferido: Dumas padre, hasta revistas de investigación como el National Geographic y cientos de Selecciones... hasta contener los volantes publicitarios, recados ajenos o boletines informativos de carácter turístico. Con esta fiebre por la lectura, más que una frase que haya quedado grabada en mi mente respecto a esta herencia maternal, ha fomentado en mí a lo largo de los años admiración hacia ella porque era posible hasta hace algunos años discurrir en su compañía desde religión y política hasta historia y arte.

Nunca me dijo que leyera, pero ahora recuerdo estar acostada siendo una adolescente escuchando en su fantástica narrativa la historia de “Angélica”, novela histórica que relata las aventuras de una marquesa de la corte del rey Sol. Me

nacieron las ganas de devorar esos seis tomos, y ese fue el inicio para generar en mí un apetito similar por la lectura, especialmente la historia de Francia.

Ella me transmitió el amor a la lectura que ha sido un soporte y puerta de escape a mi imaginación, sueños y frustraciones. Segura estoy de que las historias ajenas revividas en los libros que leía forjaron mi carácter, determinaron mi percepción de la realidad. Con Angélica y sus aventuras como marquesa provinciana, frívola cortesana, o rebelde e indomable, crucé con esperanza y arrojo los años más duros de mi vida matrimonial. Lloré con “María” de Issac. A “Lisbeth Salander” me la topo hace dos años y me identifico con su personalidad misteriosa, inteligencia suprema y tesón. Y tatuado ha quedado mi corazón después de leer Corazón de piedra verde, y la zaga de “Azteca”; con la fabulosa descripción que hacen de nuestras ancestrales y valientes mujeres mexicanas. Un libro quizá pudiera salir sólo de revivir y plasmar en palabras lo que tantas mujeres de mis libros han dejado en mí.

Es también a través de tantas historias de otras mujeres que me han transmitido, con sus reales y fantásticas vidas, parte esencial, sublime o tangible de la sabiduría femenina. Siendo así que mi primer guijarro parlante lo dedico a mi madre y a la experiencia de la lectura cuyo impacto en mi vida ha sido determinante; hasta hoy utilizado generalmente para alimentar mi espíritu, sin atreverme a explorar muy a fondo el arte de convertir mis experiencias en palabras que pudiesen ser leídas por alguien más.

Hay momentos en que después de intentar una y otra vez un objetivo te quedas sin fuerza y llega el desanimo, el desaliento y hasta empiezas a dudar de tus propias fuerzas, capacidades o habilidades... eso me paso hace dos meses.

Después de imprimir mi Currículo profesional más de 20 veces, armar un portafolio impecable de evidencias y confiar en mis capacidades me di a la búsqueda de trabajo, y uno a uno se fueron agotando las copias de mi currículum, junto con mis expectativas, confianza y hasta fe. Presenté exámenes, asistí a entrevistas, me maquillé lo mejor que pude y sin embargo no llegaba la oportunidad que en un principio parecía tan obvia y fácil. Sí, me estaba desesperando, mi orgullo

“herido” decía que no valía, que ya era vieja, que mis conocimientos no eran cotizados en el mercado laboral...

Insistí y oré durante cinco meses sin aparente respuesta, hasta que un día dejé de ordenar a Dios un trabajo y me puse en sus manos, solté mi carga y le abrí mi corazón. Como respuesta Rosy, mi sobrina, quien habita en el Distrito Federal y a sus 26 años es parte de mis mujeres y gurús favoritas me dijo: Tía, tú eres muy buena, busca otras opciones , y así fue. Al día siguiente encontré una página de ofertas laborales en Internet que no había visto y, ahí estaban “2 vacantes que se ajustaban a mi perfil”. Envié mi currículum a ambas; aunque por dentro sentía alegría porque creí que ahí estaba lo que buscaba.

Sin embargo los temores de no ser seleccionada por las experiencias de los meses pasados y en parte la inseguridad y falta de fe querían hacer de las suyas. Esa tarde en que mandé mi currículum visité a Isabel, excelente amiga quien por más de veinte años ha estado presente en mi vida y con quien he compartido desde secretos hasta palomitas de maíz viendo películas tardes enteras. Pues bien, esa tarde comentando con mi amiga sobre mi candidatura para el puesto y lo perfecto que era para mis conocimientos y experiencias ella soltó la frase más mágica que pude escuchar: “Lo que es tuyo nadie te lo va a quitar”, no dijo más, ya en visitas anteriores me había reconfortado, animado y hasta adulado con fin de elevar mi ánimo. Ese día sus palabras retumbaron en mi corazón, no solo las escuche; me apropié de ellas y me dieron tal paz que, cuando al día siguiente me llamaron para entrevista y finalmente fui contratada, no me sorprendió pues sabía dentro de mi que ese trabajo me pertenecía. Y aquí estoy, robándole a la noche unos momentos para convertir mi experiencia en guijarros parlantes porque mañana es ardua la jornada; pero estoy feliz porque sé que estoy donde debo estar, haciendo nuevamente lo que me gusta, expresando mis habilidades, conocimientos y soy remunerada por ello. Sabiendo que ese reto me esperaba y en el inter aprendí entre otras cosas a ser más paciente, y saber que lo que es para mi nada o nadie me lo arrebatará.

Soy cinéfila frecuente, mi tarjeta dice: “fanática”, no creo serlo pero es verdad que ir al cine es una de las experiencias que junto con leer y viajar más disfruto. He

asistido a premieres, restrenos, cine de arte, trailers, comedia, drama, películas infantiles y hasta un poco de terror. Años hace que tomé la decisión de cuando no pudiese ir acompañada de otros, mi compañía era bien recibida y hoy disfruto tanto cuando voy con mi familia, amigas, pareja al igual que cuando mi sola presencia es espectadora del largometraje.

Así, conmigo como compañera, fui el miércoles pasado aprovechando mi hora de descanso para comer y el descuento clásico de mitad de semana; me encaminé a la sala más cercana dispuesta a disfrutar de “La ladrona de libros”, filme del cual ya había escuchado los mejores comentarios y no quería perderme. La historia es un enfoque más a la ya trillada segunda guerra mundial donde Markus Zusak, autor del libro en el cual se basa la película, cuenta la historia de Liesel, hija de una madre comunista deportada de Alemania, quien es adoptada por una familia pobre, con quienes ella vive la dura experiencia de haber existido y sido testigo de un hecho histórico tan doloroso. La película resultó deliciosa y sublime. Brian Percival, el director, aprovechó la historia al máximo y la actuación de Sophie Nélisse me robó el corazón.

Lloré buena parte de la película, y casi al final la muerte que personifica al narrador, hizo brincar de la escena a mis oídos algo que me impactó: - “La vida no promete nada”. Esto hacía alusión a la vida de Liesel quien perdió todo lo que amaba y aun así se convirtió en gran escritora.

Me reflejé y apropié de la frase, y como dicen las talladoras de palabras, esa frase ha sido estos últimos días semilla de reflexiones, ideas y emociones; es verdad la vida no promete solo hay que vivirla. Cuántas veces sufrí por sueños no cumplidos, por despedirme de quienes amo, porque las cosas no eran lo que esperé, lloré, sufrí, reclamé y la vida siguió. Sólo cuando tuve el valor suficiente para vivir y no para esperar, el milagro sucedió y se renueva, como con la experiencia de mi trabajo o el poder sentarme en este momento a escribir, cuando lo he esperado dos semanas. Así es la vida sin promesas, así de trágica y así de maravillosa... ¿Qué será para mí?

IRA CONTENIDA

Hace ya algún tiempo que he aprendido a descubrir en mi vida lo que Chopra llama “Sincrodestino”, claro que no soy consciente en todo momento de la causalidad de los acontecimientos diarios, o por qué encuentro o conozco a ciertas personas en un preciso momento; a eso aspiro a sabiendas de que dicha sabiduría es quizá una utopía en esta vida. Mas puedo ver pequeños y grandes milagros que se entrecruzan mágicamente a través de personas, eventos o circunstancias con asombrosa perfección para que mi vida fluya hacia mis sueños, metas y, muchas veces, me descubren el camino a una decisión postergada en espera de dirección. Me refiero a lo anterior porque al leer el tercer secreto y reflexionar sobre la vida y alma que a través de las palabras cobran hechos y personas, recordé que Víctor Villaseñor en “Más allá de lluvia de oro”, último libro que leí, dice que al contar una historia immortalizas a las personas y ayudas al universo a conformar la historia. Muy semejante a la narración de la “Maldición desesperada” cuando afirma la necesidad de expresar nuestros pensamientos y plasmar nuestro testimonio para ayudar a completar el mundo.

No es casualidad, es causalidad; una invitación del universo que en este preciso momento me incita a tallar con palabras lo más íntimo de mi ser. Me anima a dejar salir el torrente de palabras sin orden que durante tanto tiempo han estado en mí volando sin ton ni son junto a los más de 100,000 pensamientos que genera a diario mi mente y que, al plasmarlos en palabras, dan orientación, orden y sentido a mi historia.

Hay tanto que quiere salir, quisiera contar con el tiempo suficiente para estar frente al papel o computadora y dejar fluir mi yo, que tallando palabras me regala la sensación de libertad, no solo en un intento de desahogo o catarsis, como muchas veces usé la escritura: por prescripción psicológica para sacar frustraciones, temores, heridas y dolor; sino con la ilusión de encontrar mi historia, darle vida, contarla y animarla.

Con una nueva consciencia del poder de la palabra escrita, me animo a seguir el camino de las mujeres que me precedieron, y a usar el don de la escritura

para iniciar mi historia con todos sus matices, esa crónica de mí que en instantes ha querido asomar a la ventana y he acallado por flojera, vergüenza y temor al impacto que su fuerza pudiese causar en mi vida. La maldición de las mujeres escritoras me tenía posesa, me arrebatava las palabras y las encerraba en la oscura torre de mi cerebro encadenándome; es por ello que antes no pude pasar de unas cuantas líneas. Una, diez, mil, millones de palabras queriendo contar mi historia han estado reprimidas en mi mundo de ideas por mucho, mucho tiempo.

Hoy siento la soltura de poder reflejar en papel lo que se esconde en mi interior, lo que realmente soy, la mujer que habita en mi cuerpo. Hoy no estoy sola, es la diferencia. Me siento plena del amor de Dios en el que creo con todas mis fuerzas y acompañada espiritualmente por todas las mujeres talladoras de palabras que a lo largo de la historia de la humanidad se han atrevido a liberarse de la maldición y, contando su historia, han cambiado el curso de acontecimientos universales. Hoy siento también la presencia de las mujeres de mi familia que me antecedieron, siento su fuerza, su empuje, y sabiduría. Siento la fuerza y valor heredados de la princesa Ameyalhe para descubrir los guijarros parlantes de mi vida...

La ira desbordada o rabia, fue una emoción a flor de piel en mí durante la adolescencia y juventud, provocada inicialmente por el enojo que sentía al no tener la clase de vida que consideraba merecer e impotencia cuando era tratada con abuso o injusticia y me sentía incapaz de defenderme o de tener quién me defendiera. Esa emoción llegó para quedarse en mi interior, cuando cursaba la secundaria ya había somatizado el enojo, padecía un problema severo de colitis y al dormir apretaba tanto la quijada que por las mañanas me dolía toda la zona de la mandíbula; además de padecer insomnio desde muy temprana edad.

Muchos años han pasado, con infinidad de experiencias al respecto por contar, drama y comedia como en cualquier historia. Sin embargo hoy al pensar y escribir sobre el dolor la palabra recurrente es “rabia”, afortunadamente las secuelas de este inquilino no deseado que habitó en mí, hoy son mínimas pero vale la pena hablar de ella. Así mismo el dolor en mi vida ha sido acompañado de “necesidad”, - sí – necesidad de ser amada, necesidad de ser la mejor, necesidad de ser

aceptada... en fin; ya abordaré el punto más a fondo. La otra palabra ligada al dolor en mi vida es más que una palabra; una frase: “Deseo de huir”, no sé aún a donde pero cada vez que siento dolor, cuando las cosas se ponen difíciles y no encuentro una solución, quiero irme lejos.

La rabia, ira o enojo es una emoción que en la actualidad me invade cuando, según mi propia percepción, soy víctima de una injusticia, injuria o siento mi orgullo herido. Cuando mi idea de perfección ante los demás ha sido reducida a simple mortal. Cuando esta furia interna me invade y le permito hacer nido en mi mente, llega a mis emociones, y el deseo de huir se hace presente, querer cambiar el momento, correr lejos, renunciar... o hasta querer morir.

Después, si la rabia no ha sido controlada, llega el deseo de venganza: maquinar las acciones precisas para hacer que el victimario pague; he sido muy buena en eso de querer regresar la afrenta recibida y recrear las posibles revanchas. Hace tiempo dejaba muchas veces fluir ese torrente de veneno que agolpaba en mi pecho a través de palabras insultantes sin importarme a quien iban dirigidas, peleaba contra el mundo, gritoneé a mi madre, herí a mi padre haciéndole sentir mi resentimiento de manera mordaz. Peleé hasta con policías de tránsito, reclamaba por fruslerías en tiendas y restaurantes. Llegué a materializar mi deseo de venganza en más que palabras; muchas veces materialicé mi enojo mediante la manipulación y hasta difamación en un intento descabellado, no sólo de expresar mi ira, sino de tener además el control de situaciones y personas.

Hoy entiendo claramente que ese comportamiento era una terrible necesidad de ser buena, amada, aceptada y aparentar ante los demás ser la víctima inocente de la vida. Acarreando muchas veces como respuesta aún más agresividad de la que yo era capaz de verter.

En otras ocasiones el dolor yacía silencioso dentro de mí, cual bomba de tiempo, invadiendo mis pensamientos, carcomiendo mi espíritu al hacer recuentos interminables de daños y afrentas recibidas; como un inventario pormenorizado del inhumano actuar de los demás y de mi “triste situación”. Finalmente, al ser la “Perfecta víctima”, justificaba la rabia en mi interior evadiendo mi responsabilidad por la ironía, sarcasmo y doble mensaje de mis palabras y actos arrebatados.

Hoy, después de un proceso de crecimiento personal arduo y sostenido durante años, los viejos pensamientos, emociones y sentimientos vuelven de repente a mí al sentirme injuriada, amenazada o atacada,. Pero a diferencia de antaño, he aprendido a amarme y valorarme no en relación a lo que otros puedan pensar de mí, más bien es una aceptación intrínseca y genuina de mi “Yo” por lo que soy. Hoy tengo opciones, puedo reflexionar antes de actuar; la mayoría de las veces ante una situación amenazante puedo hacer un paréntesis y no dar rienda suelta a la ira. No permito que mi orgullo sea herido con facilidad; puedo calmarme y ver mi vida, las circunstancias o personas desde una óptica más real y racional; menos emotiva, subjetiva e irracional.

Ésta práctica no es sencilla, supone madurez de mi parte y responsabilidad al asumir mi papel y actuación en mi propia vida; y... entonces sucede:

Me doy cuenta de que no soy del todo inocente o culpable; buena o mala, la mártir indefensa o la mala del cuento. Sino que como ser humano parte de cualquier situación problemática o mala relación con los demás incluye mis palabras y acciones, y muchas veces lo que digo o hago provoca reacciones en los otros.

Acostumbrada a la justificación por temor a fallar y tener que aceptar que lo que me pasa en la vida no es mala suerte, una maldición ni la acción razonada de otros o la vida para “Fastidiarme”; el ser honesta conmigo misma no ha sido ni es nada fácil; pero es realmente gratificante cuando puedo hacerlo. Me siento bien conmigo misma, más fuerte, segura, satisfecha. Así me preparo además para asumir la parte que sí me corresponde con mayor dignidad y autenticidad. Es una liberación, un respiro profundo.

Las nuevas actitudes que practico me permiten obtener muchas veces mejores resultados conmigo misma y los demás. La rabia desaparece sin que quiera la revancha, y puedo estar en un estado de calma y serenidad pese a la crisis interna revoloteándome al oído: -¡Responde al agravio!, ¡defiéndete! ¡Demuestra tu inocencia!, con el viejo mensaje subliminal: -¡No vales la pena!, ¡Nadie te ama!, ¡No debiste nacer!

Sí!, ésas son las frases detrás de la rabia, y deseo de huir; una necesidad descontrolada de valer la pena y demostrar que soy buena, que tengo derecho a

vivir y soy factible de amor. Ahí siguen, ya no gritan el mensaje, pero lo susurran; la diferencia es que hoy puedo decidir y decido amarme, valorarme y respetarme porque aprendí que soy lo mejor que tengo y la relación más larga o íntima a la que puedo aspirar en esta vida es “La relación conmigo misma”. Al cultivar esta relación, la convivencia con mis semejantes se vuelve mucho más sencilla, cordial y sana.

No fue tarea fácil dejar fluir las palabras ocultas en mis pensamientos, pero ha sido realmente sanador y gratificante tallar este texto con tanto dolor oculto queriendo un día ser parte de algo más que mi yo interior, hoy te lo comparto y me libero. Gracias.

A MI MANERA

*“Viví la inmensidad sin conocer jamás fronteras,
y bien todo esto fue... a mi manera”
Paul Anka*

Te veo a diario reflejada del otro lado cuando por la mañana rápidamente me peino y una que otra ocasión, me maquillo. Hace tiempo que no reparo mucho en tu cuerpo, solo una rápida y forzosa mirada para ver si el saco está en su lugar o el pantalón no es tan ajustado. Tu mirada sin embargo sí se encuentra con la mía, se sonríen, te digo que eres linda, que te amo, que te acepto como eres o alguna que otra frase; tal como lo aprendí en las largas horas de terapia.

Creí que te conocía, ya que desde hace mucho nuestra relación es íntima y sé eres el ser humano más cercano a mí:

Estuviste cuando lance mi primer grito, ese día en que mi padre pasó cerca con su amante y el día en que fui madre por vez primera.

Me acompañaste, fiel, durante éstos 45 años y en repetidas ocasiones he buscado en tu reflejo a mi niña interna. He llorado frente a ti teniendo al espejo de testigo, te he gritado y también he hecho las paces contigo; pareciera que nuestra relación estaba resuelta y que tú, o sea yo misma, soy mi mejor amiga, sin embargo...

¡Hoy fue diferente!

Mirarte con detenimiento y encima desnuda, sin la ropa de trabajo, el pijama o esas blusas de manta que te encantan; sin maquillaje ni el cabello cubierto de mousse. Tenerte ahí frente a mí y observarte al natural fue revelador. ¿Cuánto hace que no te veía realmente? Perdóname por dejarte en ese estado físico, ¡SÍ! Perdóname Paty por ser indiferente a tu cuerpo, por dejar que llegaras a ese peso sin prestar atención verdaderamente. Qué triste, hoy al observarte te vi inmensa con un cuerpo mayúsculo que sentí no es mío ni tuyo, como si portaras un disfraz, o un traje protector cual astronauta; fue como si te viera por vez primera, ajena, cual una desconocida y... fui yo quien te hizo eso, quien te ha descuidado por mucho tiempo

cual objeto de uso meramente necesario para desplazar mi intelecto de aquí a allá y sí, nuevamente perdóname por dejarte en ese estado, por no poner atención a tus necesidades físicas y dejarte engullir toda clase de alimentos. Por ser consecuente a tu flojera, falta de deseo y constancia en el ejercicio y permitirte hacer una vida tan sedentaria. Por no ser consciente a la necesidad de atención que me imploras.

Me dio pena ver tu cara, esos ojos brillantes y llenos de vida otrora; hoy lucen tristes y apagados pensé en cuanto me ha gustado verlos llenos de vida, alegres, pícaros y apasionados. A primera vista y en un estricto escrutinio físico pienso que necesitas un empuje para permitir que esa capa de masa encima de ti pueda irse, pues mantiene tu verdadero yo esclavo.

Te somete limitando la ropa que puedes usar, te ha quitado las ganas de ir a bailar por lo que ha mermado tu autoestima. Cuando duermes los movimientos son lentos e incluso haz tenido que modificar tus hábitos para que ese cuerpo se acomode al colchón. Tu corazón ha empezado a padecer de arritmia, recuerda aquel día en que casi te da un infarto durante un acto sexual, o todas las mañanas en que agacharte para ponerte los zapatos es un reto. Has perdido la libertad física lentamente al acumular cada kilo. Más viéndote bien, aquí frente a mí y siendo honesta eso no es nuevo.

Nunca te ha importado mucho tu apariencia física. Has invertido tiempo, esfuerzo y dinero en tu preparación académica, en tu desarrollo emocional y espiritual, dejando rezagado el aspecto físico. Hoy es el momento de aceptar tus limitantes físicas, aprovechar tus fortalezas y sacar a flote a la Paty envuelta en ese cuerpo. Es tiempo de dejar ir todo lo que estorba tirar el caparazón que te protege del mundo exterior y permitir a tu yo emerger plenamente, ¡Es el momento!

En un segundo encuentro contigo a través de tu imagen reflejada en ese gran espejo, tengo un humor distinto y deseo hablar de otras cosas: ¿Sabes?... te amo me gusta ser de tu equipo, y vivir contigo, ser tu confidente principal y estar presente en cada momento de tu historia.

El paso de los años han dejado indeleble su huella en las comisuras de tus ojos que son los míos, quizá de tanto que han reído, llorado... de tanto amar... de tanto odiar... de tantas vivencias y aventuras; y hoy, en la plenitud de tu vida,

enmarca tu rostro a tu interior, una mirada de serena paz, melancólica, enigmática y también ¿por qué no?... de gozo y regocijo.

Empero el anterior análisis y sin pretender minimizarlo pues es válido atreverme a esa íntima mirada; soy mucho más que un cuerpo, tengo una mente clara e inteligente, de la cual no pretendo presumir, pues ha sido un don divino, más sí agradecer y aprovechar. ¿Recuerdas cuando tus pensamientos gobernaban desordenadamente en tu cerebro, y era tan difícil tomar decisiones, enfocarte, y hasta disfrutar de un simple atardecer? ¡Sí! Cuánto tiempo estuviste sujeta a una mente ingobernable que una vez maquinando ideas sin ton ni son te envolvía y hasta paralizaba hasta no poder actuar conforme a lo que pensabas porque “Tus emociones le jugaban pasadas a tus pensamientos”, se apoderaban de ellos y enjuiciaban a priori situaciones, hechos y personas sin el escrutinio racional, sino por mero impulso, enojo, resentimientos o esa euforia desmedida que es parte de tu naturaleza apasionada.

“Sin lugar a dudas hoy estoy en una nueva etapa de mi vida, después de mucho trabajar, correr, intentar, fracasar y triunfar, emprender y darme por vencida. Muchas cosas van encajando, tienen sentido, y el rompecabezas comienza a perfilar nítida y clara mi propia imagen; libre del temor y resentimiento infantil, sin la soberbia y arrogancia de la juventud y con energía aún para plantear nuevos retos y metas basados en una concepción y autoconcepto más equilibrado, desarrollado en un trayecto de vida intensa que ha dejado remanente de madurez, paz y plenitud”.

Qué bueno es poder hacer esta remembranza contigo frente a mí, ¡Tú, mi espejo! Porque si bien hay mucho por hacer en nuestro caminar, es gratificante que seas tú precisamente mi compañera inseparable en este viaje mágico y misterioso que es la vida, un viaje que no promete nada y cuando parece que todo está dicho sorprende con nuevos desafíos, alegrías, penalidades, enfrentamientos y sorpresas; finalmente es bueno saber que he vivido y vivo aceptando lo que mi paso por este tiempo y espacio me presenta día a día, consciente de mis decisiones, apasionada, viva, feliz... ¡A mi manera!

SIMPLEMENTE: MUJER

¿Mi sexualidad?... buena pregunta

Empecé este escrito con mezcla de inquietud, zozobra, temor y un dejo de vergüenza. Descubrir, explorar y exponer al mundo de las palabras mis cavernas interiores bien resguardadas en la más oscura e impenetrable historia, es lo más difícil que se me ha pedido hacer, sin embargo la idea de escribir una novela que plasmara mi sexualidad ha sido el sueño desde hace años, escrito que he iniciado y dejado al olvido más de una vez.

Quizá no es lo más indicado o propio pero se me ocurre intentar un acercamiento al tema a través de un ejemplo que me quite el pánico de escribir sobre la parte de mi vida más conflictuada, complicada, disfrutada y controversial: Mi sexualidad. Una parte desajustada de mi persona, algo que no ha encontrado el ensamble perfecto, núcleo lleno de locura, experiencias maravillosas, sinsabores y, la culpa como parte intrínseca del ser “mujer”.

Empezaré así por decir que: ¡Si mi sexualidad fuese una cebolla podría asegurar que las capas exteriores son fáciles de pelar y exponer pues están compuestas de aquellos hechos y características personales parte de mi vida cotidiana- mis pensamientos, mis emociones y acciones. -Todo ello de alguna manera me es familiar y cercano, pero a medida que se quitan esas capas y se expone el centro... pelar la cebolla es menos simple, las lágrimas empiezan a escurrir por mis mejillas, pues la esencia es fuerte: la visibilidad disminuye y el impulso de parar el escrutinio en puerta provocado por la molestia que me produce el olor es tal que dejo la cebolla por unos días. Empero mi mente incubaba la idea de pelar esa cebolla hasta el fondo y la idea se vuelve atrayente y la expectativa de lo que pueda encontrar al llegar al centro de la me da la fuerza para atreverme a la exploración de mi núcleo vital.

Haber nacido en este tiempo no fue la mejor referencia para el desarrollo y expresión natural de la sexualidad para ningún sexo, en particular para las mexicanas; más especialmente para mí. Los roles están confusos, la sociedad masculina añora el papel femenino de antaño en cuanto al rol de esposa, a la

crianza de los hijos, y el modelo estereotipado de abnegación hartamente explotado por Ismael Rodríguez en sus películas. Las mujeres se rebelan, se preparan, remontan puestos ejecutivos, desmienten la idea de mujer sinónimo de maternidad, logran sus metas, y... sin embargo persisten confundidas y en constante culpa.

Antes de la llegada de los españoles los aztecas practicaban el acto sexual por placer, las mujeres conocían métodos a través de “remedios caseros” que impedían embarazos no deseados. Era raro que se violara o abusara sexualmente de los infantes. El rol de la mujer estaba claramente establecido, la práctica sexual entre los purépechas era abierta, rayando en desenfreno sexual. No pretendo de manera alguna parecer retrograda. Simplemente expresar que la clara identidad que, para bien o para mal, que se tenía de los roles femenino y masculino, se perdió y hoy miles de personas invertimos gran parte de nuestro tiempo mental en preguntarnos: ¿Quiénes somos?

En este contexto, yo me pregunto: ¿Qué pasa con mi sexualidad? ¿Cuál es mi naturaleza?...

Hablar de mi centro interior es adentrarme en mi intimidad sexual, ese recoveco tan oculto mantenido en el anonimato, silencio y exilio en contables ocasiones. Escudriñar las entrañas de mi femineidad implica remontar a tiempos lejanos donde las experiencias, ideas, ignorancia y la culpa me hicieron ocultar y renegar de mi sexualidad desde tierna infancia.

Dentro de mis primeros recuerdos está clara la imagen de un gran pene gordo y feo sostenido por la mano de un tipo loco que pretendía que se lo besara. ¡Sí, no es muy estimulante como preámbulo a mi descubrimiento de la genitalidad humana! Pero ese es desgraciadamente el recuerdo de muchas niñas mexicanas que hemos descubierto que somos mujeres cuando alguien “mayor”, y muchas veces parte de la familia, nos “toca”, “manosea”, o “abusa sexual y emocionalmente”. Llegas a pensar que de ser fea, te dejarían en paz, no voltearían a verte, ser invisible la mejor opción. Lo que no contemplas ni remotamente es “hablar de lo que sucede” ¡Shh!... ¡Aquí no pasa nada! ... y creces con temores, enojo, ignorancia y mucha, mucha culpa.

Quedé embarazada cuando apenas contaba con quince años y había comenzado mi vida sexual. Una inmensa alegría por ser madre se apoderó de mí, aunque mezclada con culpa nuevamente; por creer que había defraudado la confianza de otros en mí, aunque realmente era yo misma quien me sentí a partir de entonces un fraude. Ser madre ha sido la misión más dulce y amarga, aunada a la gran desilusión por el hombre al que amaba y, lógico, del jueguito del papá y la mamá resultó un catastrófico matrimonio del que florecieron tres maravillosos retoños, dos varones y una nena, marcando el inicio de mi sexualidad y maternidad.

Ser madre adolescente rebasó desde el inicio mi capacidad, nunca me sentí preparada con mis dos primeros hijos, creí que todo lo hacía mal, una parte era cierta pero la influencia de mi madre, la suegra, la sociedad y religión me confundieron durante años. Cuando nació mi tercer hijo ya tenía yo 22 años, “toda una mujer”, sí, con él siempre fue todo más fácil, y eso no significa que haya sido mi consentido, pues cada cual ha sido especial y amado; pero con él me sentí mejor preparada, más paciente... con menos culpa, más límites y autoridad, más equilibrio en mi práctica materna.

Adoré a mis hijos, jugué con ellos, canté, bailé salí al campo, los eduqué y sin embargo también los dañé y no pude impedir que ellos vivieran su propia vida, que bueno que no lo hice, así que la historia se repitió y fueron a su vez padres y madre adolescentes. Fue muy duro aceptar ese hecho, pues interiormente y, creo que como cualquier madre, esperaba verlos triunfantes, ricos, felices, profesionistas... perfectos. Pero la vida, la mejor maestra de todas, me bajó los humos, y me enseñó a simplemente amarlos, apoyarlos, estar ahí y, lo más importante: PERMITIR QUE ELLOS CONSTRUYERAN SU PROPIA VIDA.

Hoy mi relación con ellos dista de ser perfecta, grandes batallas hemos librado, pero el amor y respeto ha prevalecido y disfrutamos de nuestra presencia. En especial disfruto de la dicha de ser una abuela joven y jugar, cantar, viajar y apapachar a mis cinco nietos, adorables. Es así que como madre me siento plena, orgullosa, y aunque la vida de mis hijos es en muchos aspectos complicada, yo estoy ahí. Los acepto, respeto, amo y dejo vivir.

Hace años, gracias a una gran amiga quien ha sido mi mentora y hermana de convicción, pude aceptar el significado de “Ser mujer”, más allá de la genitalidad y la trillada idea de que “las mujeres nacimos para ser madres abnegadas que se sacrifican por amor”. Entendí la maravilla que es la maternidad al ser copartícipe de la creación. Dejé de compararme con los hombres, aceptando las diferencias como lo que son características que nos hacen tan distintos pero complementarios.

Un día ¡me reconocí y acepté mujer! Fue un gran avance en mi auto aceptación, empero ese hecho no significó ajustar y equilibrar mi práctica de la sexualidad, pues después del resentimiento hacia los hombres por uno que me lastimó en el matrimonio, descubrí que a mis 29 años era el atractivo sexual para hombres ávidos de experiencias sin compromiso. Un tiempo la idea romántica del príncipe azul que se volvería loco por mí y me amaría *forever*, me hizo adentrarme en relaciones poco satisfactorias con hombres fríos, casados o inaccesibles de otras maneras que no se asemejaban a la idea de “pareja” que mi mente maquinó, así que una decepción bipartita se apoderó de mí. “Los hombres solo querían divertirse y brincar a la cama de una mujer divorciada”, y... “Cada relación fracasada me daba la sensación de vacío y soledad. Algo muy malo había en mí”.

En cierta ocasión me atreví a decirle a mi mejor amigo que estaba enamorada de él, sin esperar “nada” aparente pero cuando me dijo que “él me quería mucho, más solo como hermana”, algo se desmoronó en mí interior: LA ESPERANZA se había esfumado. Decreté inconscientemente a partir de ese momento que la vida de pareja y casita feliz que tanto había anhelado era quimera, una utopía creada por la mercadotecnia.

Era una mujer con tres hijos divorciada, marcada, casi maldita. Sin acceso a una relación formal, comprometida y... quizá aún más: “Sin posibilidad de que algún hombre que valiera la pena me amara”; así que joven, con las hormonas alborotadas y despechada, la solución perfecta fue relacionarme con tipos divertidos de una noche o más si “se daba”, con la consigna interna de NO ENAMORARME JAMÁS.

Sí, me convertí en “una vieja loba de mar” Como dice una querida amiga, *Cést a dire*. ¡Una cabrona hecha y derecha en la cama! Llegué a jactarme de “poder acostarme con quien me placiera, con un condón en la cartera”. Y no es que me la

pasara de cama en cama, incluso hubo años en que no aceptaba relacionarme con nadie sexualmente. Pero el prototipo de relaciones que mantuve durante años fue fútil, superficial, insustancial, nada más allá de coqueteo, técnicas sexuales y diversión. No había nada más rescatable. “La pareja”; simplemente no existió, no existió alguien con quien compartir mi ser, mi feminidad, mi amor, en quien confiar verdaderamente, con quien compartir las penas y alegrías; los detalles tal vez insignificantes de la vida pero que finalmente la conforman y le dan sentido a cada mañana con un sol radiante en el horizonte o tardes borrascosas con un café frente al televisor cruzando la pierna a tu media naranja.

Y... ¡No me quejo!, me la pasé *requetebién*, era divertido, la adrenalina fluía, la etapa de eterno enamoramiento es la mejor, pero incapaz de una relación verdadera finalmente me cansaba o aburría y provocaba rompimientos, eso sí ¡cuidando muy bien mi corazón de madera! Tal como lo recomienda Mathias Malzieu en “La mecánica del corazón” ¡Nunca te enamores. La mecánica del corazón depende de ello!, era la premisa de Jack. De manera semejante yo tenía grabada en el disco duro de mi cerebro dicha aseveración-. **¡Si no me enamoraba no sufriría!**

Una ocasión amé, solo que la ruleta del destino, aunque el amor esté en el aire; no siempre hace coincidir tus aspiraciones con las del otro, y... una vez más, después de algunos meses de tórrido romance con un muy buen tipo, aunque emocionalmente inaccesible, todo se esfumó.

¿Por qué mencionar tan a detalle las fallidas experiencias de pareja si el tema es mi sexualidad?

Porque al haber nacido en el seno de una típica familia disfuncional mexicana, mi idea de sexualidad estaba intrínseca, taxativa, particular y pobremente ligada a la genitalidad y práctica sexual. Así que después de cada ruptura persistía en mí la idea de mujer dependiendo del éxito o fracaso de una relación de pareja:

¡Pum! Se desplomaba. Nada sencillo ha sido superar los sentimientos de vacío, culpa e inadecuación subyacentes cuando volcaba en otros el poder sobre mis emociones, pensamientos, sentimientos, amor propio y feminidad. Pero aquí estoy, los libros, las sesiones de terapia, meditación, ceremonias prehispánicas,

más libros... influencia taoísta, acercamiento espiritual, más libros y... sobre todo desarrollar una confianza y consciencia plena de Dios en mí, dieron resultado. Me acepté mujer plenamente, valiosa, única, ni mejor ni peor que nadie, con un espacio en este tiempo y momento simplemente porque Dios así me lo permitió, y empecé a disfrutar y disfrutarme como “ser yo”.

Muchos antecedentes, sucesos, justificaciones... o tal vez ninguno, simplemente pasó. Un día ella apareció, mis fibras más íntimas se removieron, choques eléctricos recorrieron mi cuerpo, y una nueva expresión de mi sexualidad se abrió a mis pies. Sí, no lo pensé, me dejé llevar, fue quizá la sensación de libertad y plenitud de vivir en Europa durante esa etapa lo que me permitió dejar de lado mi formación latina educada en el seno de una familia religiosa y no medir las consecuencias de una decisión trascendental. ¿Fue la soledad?, ¿la añoranza?... - ¿Locura? ... o -¿Cordura? Seguramente un poco de todo; el hecho es que sucedió y fue maravilloso; en cuanto a mi propia expresión de la sexualidad en ese aspecto no tengo ningún tipo de problema, culpa o remordimiento pues creo que el ser humano tiene derecho a explorar su propio placer o compartirlo de la manera en que lo desee mientras no lastime a otros, Y así he aprendido a lo largo de los años y las experiencias propias y compartidas, a disfrutar al máximo de todo tipo de expresiones íntimas de placer sexual y más allá, intimidad emocional, unión espiritual de dos seres en una nueva dimensión: el paroxismo del placer.

Sin detrimento de las relaciones masculinas en mi vida, puedo decir que las dos experiencias femeninas que me he dado la oportunidad de experimentar han sido dentro del secreto, lo prohibido, el problema familiar que generaron en su momento, los rechazos sociales y demás... las experiencias de pareja más estables, profundas y completas que he vivido hasta la fecha.

¿Qué me falta por descubrir?... ¡Aún no lo sé!, creo que la vida a diario te ofrece nuevos descubrimientos y para mí la caja de Pandora que ha resultado ser mi sexualidad es un guion aún en proceso, ¡Benditamente en proceso!. Convencida hoy de que la sexualidad es mucho más que genitalidad y sexo hoy me doy el permiso de vivir con plenitud y responsabilidad esta parte tan importante de mi vida, a la vez que estímulo y desarrollo muchos otros aspectos de mi naturaleza femenina

y me producen inmenso placer. La lista es muy grande pero puedo comentar que llevarme al cine, hacerme dar masajes, nadar, admirar el cielo, tomar un delicioso café, jugar con mis nietos, abrazar a mis hijos, bañar a mi perra, arar mi pequeño huerto familiar y hasta realizar lo mejor que puedo mi trabajo, son práctica consciente y concienzuda de mi ser “Mujer”.

PORQUE LA VIDA ES SUEÑO...

Sentada en cuclillas, enroscada en mi vestido con la cabeza y brazos metidos por el orificio de las mangas donde originalmente debían salir los brazos, y sumiendo la cabeza por la apertura del cuello, cual tortuguita oculta toda en mi caparazón, podía, a los 8 años, pasar horas expuesta al sol dejando volar mi imaginación. A veces el sueño era visitar un balneario, tener un perro o... una familia con papá, mamá y hermanos alrededor de una mesa disfrutando el aroma de la humeante sopa de fideos y las caras alegres de los presentes. ¡Esa imagen era recurrente!... y, por cierto muy alejada de la realidad: mi familia se reducía a mi mami; con quien aprendí a disfrutar de la lectura y el cine más, muy ocupada y poco presente en mi vida, pues al ser responsable por entero de mí, como muchas de nuestras mujeres mexicanas, y con un trabajo de enfermera empírica de pacientes a domicilio, gran parte del tiempo lo pasé sola, con familiares y amigas de ella y un poco con mis hermanos que nos visitaban ocasionalmente los fines de semana; pero de los que disfrutaba al máximo. Recuerdo cual si fuera hoy una bolsita de “*Malvaviscos*” que me daban durante sus visitas sabatinas: la textura *esponjadita*, suave y el sabor perfumado eran inigualables, y recibir este presente de mis amados, admirados y distantes hermanos me hacía sentir la niña más afortunada del planeta tierra... Por cierto de unos años a la fecha adquirí la costumbre de apapacharme comprando los famosos “*Malvaviscos*” a mi paso por un supermercado que los exhibe, entre otros productos, en las cajas. El sabor no se asemeja para nada a aquel que quedó registrado en mi recuerdo, más la sensación de cercanía y evocación del grato momento es un “cariñito” para mi alma.

Así empieza mi historia de sueños y deseos personales, añorando algo tan simple y cotidiano como complejo e inalcanzable: **¡UNA FAMILIA!**

Cuando somos pequeños muchas veces los sueños y deseos más íntimos se reflejan en los juegos; y como cualquier niña mexicana mis juegos inducidos eran a “La casita”, principalmente cuando tenía compañía con quien materializar este sueño. Deseaba casarme y tener muchos hijos.

Sin embargo, un juego mental que practicaba, cuando estaba sola, lo que ocurría con frecuencia, muchas veces casi materializado a colores por mi gran máquina cerebral era en torno a viajes. ¡Era aeromoza o piloto de avión! ¡Sí!; suponiendo que esperaba a mi mamá volver del trabajo, no tenía que hacer o simplemente la aburrición tocaba la puerta: mi pensamiento volaba y de pronto ya me encontraba en el mar, que por cierto no conocía entonces; en un viaje secreto a los Alpes o en un campo florido a miles de kilómetros jugando y dejándome envolver por multitud de flores amarillas, recostándome en ellas, aspirando su suave fragancia, admirando el sol que me acariciaba con sus brillantes rayos. Un paréntesis: hace algunos años tuve la dicha de, sin proponérmelo, convertir este juego-sueño en realidad. ¡Así nomás! ¡La sabia y bendita vida me lo regaló! Mucho mejor que en mi sueño y... al lado de una gran amiga con quien compartí esta fantasía tan primitiva y profunda. Aún hoy cuando lo recuerdo me doto de felicidad pura, esperanzay fortaleza, simplemente al imaginar el escenario.

Estando en la secundaria hubo un hecho que impactó mi espíritu: fueron a la escuela de una asociación a promover vocaciones religiosas en misiones con indígenas en Chiapas, países de África y otros lugares que no recuerdo, más la propuesta hizo brincar mi corazón. Una emoción profunda me invadió, supe en ese momento qué quería más que nada en el mundo: ser maestra e ir a enseñar en las misiones (lo de ser religiosa no me interesó para nada), pero ya me veía como Meryl Streep en *África mía*, sentada a la sombra de un ciprés solo que rodeada de niños lacandonos. Sin embargo este deseo nunca fue externado, menos llevado a cabo, al menos durante *mucho, mucho* tiempo quedó enterrado en mi corazón y ni siquiera me permití recordarlo.

Hubo un lapso en que mis sueños se confundieron con los deseos de otros y -¡dejé de ser yo!, me perdí entre la ferviente necesidad de ser amada y abnegada esposa, madre ejemplar, hija con madre en casa, buena católica, solícita amiga y en ratos libres un poco samaritana queriendo componer al mundo. -El remanente fue creerme la salvadora universal, vivir frustrada por todas las expectativas que no cumplían los demás y acabar a punto del suicidio y la locura.

No es que ser adulta con todo lo que la vida me ofreció haya sido terrible, tener en mis brazos a cada uno de mis hijos, escuchar sus balbuceos, verlos crecer, jugar con ellos, fue lo mejor que me ha pasado. Mi vida se volvió terrible porque perdí mis sueños y deseos personales por complacer a otros anteponiendo sus necesidades y deseos a los propios. Además de no ser feliz, parece que a los demás a quienes les ¡salvé!, ¡ayudé!, ¡convertí! y ¡apapaché!, tampoco les ayudó mucho mi participación proactiva y metiche en sus vidas... incluso hubo quien me culpó por sus decisiones y “Mala suerte” ... según: ¡Los salvé!

Más el juego de la vida me dio una opción: *¡Vivir como víctima y perfecta frustrada!* o *¡volver a soñar, volver a vivir!*, y así fue que aposté mis *canicas, matatenas, estampitas, corcholatas y todo...* **¡Gané, valió la pena!** Recuperé gracias a un programa de autoayuda al que le aposté mi vida: la fe, esperanza, mis planes, la ilusión, los sueños, ésos deseos tan ocultos que ni me atrevía a recordar; **¡Me recuperé a mí misma!**

He sido maestra por más de diez años, irónica y cronológicamente de los niños ya crecidos que un día soñaba educar siendo maestra de jardín de niños. La vida me los regresó en la universidad para ser parte de su formación superior.

He viajado no por todo el mundo, pero sí por algunos países de aquí y allá; por muchas ciudades, pueblos y rancherías de nuestro maravilloso país. He conocido gente amable, cálida, hermanándome con el mundo, captando paisajes majestuosos de montañas, mares, lagos, desiertos, nieve, lluvia, sol, nubes. Mega construcciones y chozas, grandes monumentos, esculturas, pirámides, museos... más de lo que un día me atreví a desear. La vida me ha colmado con una vida por demás intensa.

Una de las cumbres por conquistar es la escritura, y disto mucho de ser la escritora que deseo ser y merecen mis lectores, para ello me preparo; más no alcanzaré esta cumbre el día que me vuelva famosa, que una novela mía sea llevada a la pantalla o produzca un *Best seller*. Hoy, cuando aún cansada o triste me siento, tomo el papel y mi corazón brinca de algarabía cuando escribo y no quiero parar, y me atrevo a revelar pensamientos, sentimientos, experiencias; cuando en palabras construyo mi historia, cuando me atrevo a compartirla, cuando

es leído lo que escribo al menos por una persona... Hoy es cuando alcanzo la cumbre de la escritura porque mi deseo se materializa.

Los últimos meses han sido de reflexión, crecimiento, estabilidad y madurez; en mis íntimos deseos subyace y cobra fuerza la idea de la familia, la casita, la pareja; regresan los sueños de la niñez.

¡No imaginaba la lección venidera!

La noche es oscura empero la iluminación del pasillo en el corredor del hospital. Mi concepto de sueño, deseo íntimo, metas y hasta mis motivaciones han cambiado; la vida es efímera, hasta hace unas horas todo parecía en equilibrio, fluyendo en armonía: El vecino de enfrente con música a todo volumen en su equipo de sonido, niños correteando después de clases frente a la ventana, mi trabajo con sus demandas y diarias satisfacciones, miércoles de cine...

Y un minuto después todo cambia y lo que parecía un gran sueño como comprar un terreno y construir una casa de campo e ir de vacaciones se vuelve superfluo y fatuo cuando frente a mí, en una cama de terapia intensiva, yace mi madre, con un cuerpo inerte afectado por un infarto cerebral, conectada al oxígeno, una sonda y parches de nitroglicerina alrededor del corazón. Afuera el mundo sigue su rumbo: girando noche y día...

Para mi familia y para mí todo ha cambiado. Afortunadamente la intervención oportuna y atinada de los médicos, la constitución física y ganas de vivir de mi mami, pero sobre todo la voluntad de Dios, le permiten seguir en esta senda; y de milagro en milagro mi viejecita octogenaria se salva. Primero recupera parte de la conciencia, leves movimientos en el lado izquierdo de su cuerpo que después del “evento” -como dicen los médicos– quedó parcialmente paralizado. Sus funciones vitales, intactas, lo que nos da esperanza. Con el paso de los días su situación se estabiliza, está de nuevo en casa; más ese evento ha sido parte aguas no solo en su vida –los muebles se reacomodan, los horarios, actividades, esperanzas... Y en el centro del huracán yo me pregunto: ¿Qué es lo verdaderamente importante? ¿Cuáles son mis deseos íntimos y personales?

Sin duda alguna la responsabilidad sobre la salud de mi mamá y apoyarla en su recuperación se volvieron prioridad. Mi deseo infantil era una familia, pues bien,

ya la tengo –y bien numerosa– no es la familia de casita feliz con chimenea, con un roble al lado, el lago a las afueras y montañas de fondo que tanto dibujé. Mi familia real es, por mucho, mejor y hoy comprendí que por encima de todos mis demás buenos y válidos deseos lo que da verdadero sentido, paz y misión a mi vida es ayudar a mi madre, convivir con mis hijos, ver crecer a los nietos... amarlos es parte de mí misma. Amarlos me hace feliz ¡Mi más alta montaña es la felicidad! Y por cierto es la única cima a la que no se llega cuando se busca, sino cuando se decide.

La vida ofrece de todo, y hoy con alegría y dolor estoy aprendiendo a desear, elegir y decretar de manera más selectiva, sin tanto atropellamiento por comerme el mundo, viviendo con lo que tengo sin querer endeudarme material o emocionalmente por tener algo a toda costa sin tener la suficiente reserva de bienes.

Hoy sé que no puedo navegar entre dos aguas, la fidelidad que me debo va más allá de lo que otros puedan pensar o esperar de mí. Es intrínseco a mi deseo de felicidad la lucha y renuncia de preferencias, deseos o caprichos que van en contra de mí misma, que no me son saludables a la larga aunque el remanente inmediato sea divertido. Atreverme a ser yo misma, auténtica y fiel a lo que de mí espero y quiero creer supone renunciaciones y sacrificios. Soy el eje de una familia, parte de una colectividad, ciudadana de un país, mis decisiones repercuten en mi hoy y en el mañana de todo a lo que pertenezco.

¿Significa eso estar en la cumbre? Depende.

La vida puede ser plenitud, levedad, alegría, insatisfacción, esfuerzo, descuido, éxito, fracaso, esperanza, desesperanza, fe, incredulidad, trabajo, diversión, disciplina, irresponsabilidad, alegría, dolor, frustración... felicidad. "La vida es perfecta", rezan los hindúes, la vida es: ¡Lo que tú quieras, no promete nada!

El cielo empieza aquí en la tierra y el mundo puede ser perfecto si yo me atrevo a transformarlo.

Porque... "La vida es sueño, y los sueños, sueños son". Pedro Calderón de la Barca